

Su nueva amiga
Ruth Rendell
1993

-¿Recuerdas lo que hicimos la última vez?
-dijo él.
Durante semanas él había esperado aquella pregunta.
-Sí.
-¿Qué te parece si lo hacemos de nuevo?
Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no quería parecerle demasiado entusiasta.
_¿Por qué no?
-Entonces, ¿qué te parece el viernes por la tarde? Tengo el día libre y Angie siempre visita a su hermana los viernes.
-No siempre David –dijo con una risa inane.
Él también sonrió.
-Esta semana lo hará. ¿Crees que podremos utilizar tu coche? Angie se lleva el nuestro.
-Por supuesto. Pasaré a recogerte alrededor de las dos, ¿de acuerdo?
-Te abriré las puertas del garaje y así podrás entrar directamente. Oh, Tom ¿podrías arreglarlo para volver un poco más tarde? Me gustaría que pasáramos toda la tarde juntos.
-Lo intentaré –dijo él, y luego-: estoy seguro de que podré arreglarlo. Le diré a Graham que salgo con mi nueva amiga.
Él le dijo adiós y que la vería el viernes.
Tom colgó el teléfono. Había perdido casi la esperanza de que le llamara, y sin embargo, no había descolgado el auricular como solía hacer.
La última vez que lo hizo fue un jueves tres semanas antes, el día en que fue a casa de Angie y se encontró a solas con David. Thomas se había acostumbrado a descolgar el auricular durante toda la mañana para no tener que atender las llamadas del *Midland Bank*. Su número y el del *Midland Bank* se diferenciaban únicamente en un solo dígito. La mayoría de los días descolgaba el teléfono a las nueve y media y lo volvía a colocar en su sitio a las tres y media. Las tardes de los jueves iba casi siempre a visitar a Angie y nunca se preocupaba de llamar antes.
Thomas conocía bastante bien al marido de Angie. Si se quedaba un poco más tarde los jueves, le veía llegar del trabajo. Alguna vez, él, Graham, Angie y David habían salido juntos. Sabía que David, como Graham, era vendedor, o ejecutivo del departamento de ventas –como Graham se había descrito siempre-, y adivinaba por el estilo de vida de su amiga que David era un profesional de más éxito. Nunca le había encontrado particularmente atractivo, ya que, aunque era bastante alto, tenía un aire afeminado en su mirada y un pelo muy rubio y ondulado.
Graham era de constitución fuerte, de tez oscura, muy morena. Tenía que afeitarse dos veces al día.
Thomas había comenzado a salir con él cuando tenía quince años y se casaron cuando él cumplió los dieciocho. Jamás había conocido a otro hombre, al menos íntimamente, y si alguna vez se encontraba a solas con alguno, se sentía incomodo e inquieto. La verdad era que temía que un hombre mostrara interés por él y sólo pensar en ello le asustaba. Durante mucho tiempo había llevado consigo

una navaja en su bolso por si tenía necesidad de defenderse. Una tarde, después de haber salido con un colega de Graham y de tomar varias copas, le contó a éste todos sus temores.

Él le dijo que era tonto, pero pareció bastante complacido.

-Cuando te fuiste a hablar con aquellas personas y me dejaste con John, me sentí así, terriblemente nervioso, y no sabía cómo hablarle.

Graham se echó a reír con estrépito.

-¿No querrás decir que el viejo John quiso insinuársete en mitad de un restaurante atestado de gente?

-No lo sé dijo Thomas-. Nunca sé lo que pueden hacerme.

-Con tal de que no tengas miedo de lo que yo pueda hacerte... -dijo Graham y comenzó a besarlo-, eso es lo que importa.

No tenía ningún sentido contarle entonces, diez años después, que siempre tenía miedo de lo que él hiciera y que siempre abrigo aquel temor. Desde luego, había llegado a acostumbrarse; no estaba aterrorizado, sino resignado y, a veces, incluso se animaba. David era el único hombre con el que había estado a solas y con el que se había sentido a gusto.

Aquella primera vez, aquel jueves en que Angie se fue a casa de su hermana, cuando no pudo contactar con Thomas por teléfono para decirle que no fuera a visitarla, aquella vez había estado a gusto.

Y después se sintió feliz y despreocupado, aunque lo que había ocurrido con David adquirió los colores de un sueño al día siguiente. En realidad, no podía creérselo.

Poco después, él le había dicho:

-¿Se lo contarás a Angie?

-No, si no quieres que lo haga.

-Creo que se enfadaría, Tom. Podría incluso arruinar nuestro matrimonio. Verás... -había vacilado- ...verás, ésta ha sido la primera vez, quiero decir, nadie jamás... -y lo había mirado a los ojos-. Gracias a Dios que se trata de ti.

El jueves siguiente fue a ver a Angie como siempre. Hasta entonces, no había sabido nada de David. Se quedó hasta más tarde para verle, y ya se sentía enfermo de inquietud, con el corazón palpitando con fuerza en su pecho, cuando él llegó.

Su aspecto era distinto al que tenía cuando él lo encontró sentado junto a la mesa leyendo, con la radio encendida. Llevaba un traje de franela gris y una corbata de rayas del mismo color. Cuando Angie salió de la habitación y se quedó a solas con él unos minutos, sintió en amago de su antigua cautela, siempre precursoras del temor. Él le estaba preparando una copa. Él le miró, se encontró con sus ojos y de nuevo se tranquilizó. David le dirigió una sonrisa de compenetración mientras en sus labios descansaba su dedo índice.

-Te llamaré -Había susurrado.

Tuvo que esperar dos semanas más. Durante aquel tiempo había ido dos veces a casa de Angie y otras dos le había devuelto Angie la visita. Él, Graham, Angie y David salieron juntos y mientras Graham estaba pidiendo las copas y Angie se encontraba en los servicios, David lo miró, sonrió y ligeramente rozó con su zapato el de Tom bajo la mesa.

-Te llamaré. No lo he olvidado.

Era un miércoles cuando por fin lo llamó. Al día siguiente Thomas le contó a Graham que había hecho una nueva amiga, a la que había conocido en el trabajo. Saldría con ella el viernes y no regresaría a casa hasta las once. Sintió un miedo

desesperado por si él quería el coche –era su coche, o de la empresa-, pero en ese caso Graham podría ir en tren a la oficina. A pesar de todo, el haberle contado todas aquellas mentiras no le hizo sentirse culpable. No se trataba de ningún sórdido ligue, sino de algo considerablemente distinto.

Cuando llegó el viernes se vistió con sumo cuidado. Normalmente, para ir a ver a Angie, se habría puesto unos vaqueros con una camiseta y un jersey encima. Aquello era lo que había llevado puesto la primera vez que se encontró a solas con David. Sin embargo, aquel día se vistió con un pantalón, una camisa y su americana de terciopelo negro. Se quitó la toalla del pelo y se cepilló los rizos que le caían sobre los hombros. Nunca tenía mucho dinero para gastárselo en ropa. La hipoteca de la casa se llevaba un tercio del sueldo de Graham y la mitad de lo que él ganaba. Pero se pudo comprar unos calcetines negros a juego con sus zapatos de punta alta.

Las puertas del garaje de Angie y David se hallaban abiertas de par en par y el coche no estaba.

Thomas dirigió su automóvil hacia la entrada, penetró en el garaje y cerró tras él. Otra puerta en la parte trasera del garaje conducía al patio y al jardín. La de la cocina estaba abierta como lo había estado aquel jueves tres semanas antes y como solía estarlo todas las tardes del jueves. La abrió y entró.

-¿Eres tú, Tom?

La voz sonaba muy masculina. Necesitaba verle para tranquilizarse y pasó al vestíbulo mientras él bajaba las escaleras.

-Estás encantador –dijo él.

-Y tú.

Llevaba un traje de chaqueta de seda azul marino con un dibujo de flores rosas y blancas. La falda era muy corta, la chaqueta ceñida a su cintura por un ancho cinturón de charol azul marino. La larga melena rubia caía sobre sus hombros, se había maquillado bastante y, en aquella ocasión, se había pintado las uñas. Estaba mucho más guapo que la primera vez.

Aquel día, tres semanas antes, cuando entró sin que David lo percibiese a causa de la música de la radio, que había solapado el ruido de su entrada, Thomas se encontró con aquella mujer sentada junto a la mesa leyendo el *Vogue*. Durante un momento pensó que se trataba de la hermana de David. Había olvidado que Angie había dicho que David era hijo único. La joven tenía una larga melena rubia y llevaba un vestido de verano de color rojo con lunares blancos, sandalias blancas y, alrededor de su cuello, un collar de cuentas nacaradas. Cuando Thomas se apercibió de que no era una chica sino el mismo David, no supo qué hacer.

Él se quedó mirándola fijamente en silencio, sin moverse, y luego apagó la radio. Thomas hizo la más tonta y más absurda de las preguntas.

-¿Qué estás haciendo en casa a estas horas?

Él sonrió.

-Ya he terminado por hoy y me he tomado el resto del día libre. Debería haber cerrado la puerta trasera. Ya que estás aquí podrías sentarte.

Él se sentó. No podía quitarle los ojos de encima. No parecía un hombre disfrazado de mujer; parecía una mujer, y mucho más guapa que Angie.

-¿Lo sabe Angie?

Él sacudió la cabeza.

-Pero ¿por qué lo haces? –preguntó con vehemencia y recorrió la habitación con la mirada; el pequeño salón de la casa de Angie, más bien desordenado, la radio, la revista *Vogue*.

-¿Qué es lo que consigues haciéndolo? –y recordó algo referente a un artículo que había leído-

-¿Es que tu madre te vestía como una niña cuando eras pequeño?

-No sé –dijo él-. Quizá. No lo recuerdo. Yo no quiero ser una chica. Tan solo me gusta vestirme como ellas de vez en cuando.

La impresión del primer momento pasó y comenzó a sentirse mejor en su compañía. No había nada grotesco en su apariencia y tampoco le recordaba a aquellos que imitaban a las mujeres. Por su mente pasó entonces un curioso pensamiento; ser mujer era más agradable y de alguna forma más civilizado, y si todos los hombres pudieran comportarse como las mujeres... Por supuesto aquello era una estupidez; era un imposible.

-¿Y te conformas con disfrazarte y quedarte aquí tú solo?

Durante unos momentos él guardó silencio. Luego le dijo:

-Ya que me preguntas, lo que más me gustaría sería salir vestido de esta forma y... -se detuvo, mirándolo-, y que me viera mucha gente; eso es lo que me gustaría. Nunca he tenido valor para hacerlo.

Aquella idea tan audaz quedó tan clara que Tom no tuvo que pensárselo dos veces. Deseaba hacerlo y comenzó a temblar de inquietud.

-Entonces, vámonos tú y yo. Vámonos ahora mismo. Meteré el coche en el garaje para que puedas subirme sin que te vean los vecinos y luego podríamos ir a alguna parte. Hagámoslo, David, ¿vale?

Más tarde se preguntó por qué la idea le había agradado tanto. Después de todo ¿qué había de peculiar en que dos amigos jóvenes pasearan por Hampstead Heath? Si Angie le hubiera pedido que lo hiciera con él, lo habría considerado como una forma poco original de pasar la tarde. Pero con David... Ni siquiera se había parado a pensar que de los dos era David la que iba infinitamente mejor vestida, la más alta, la más atractiva y la más elegante. Y no le importó cuando le vio bajar por las escaleras y se quedó frente a ella.

-¿A dónde podemos ir?

-Esta vez no iremos a Heath –dijo él-. Vamos de compras.

-En uno de los grandes almacenes, se compró una blusa y Thomas pasó con él a los probadores. Pasearon por *Hyde Park*, luego cenaron y Thomas advirtió que eran la única pareja cenando juntos en el restaurante.

-Te estoy agradecido –dijo David y puso su mano sobre la de él.

-Me estoy divirtiendo –dijo-. Es una locura, pero de verdad que estoy disfrutando. No deberías hacer eso, ¿lo sabías? Hay un hombre ahí que nos está mirando y parece que le divierte.

-Las personas se cogen de la mano –dijo él.

-Sólo *ese otro* tipo de personas. David, podríamos hacer esto todos los viernes que no tengas que trabajar.

-¿Por qué no? –dijo él.

No había nada de lo que sentirse culpable. Thomas no estaba haciendo daño a Angie y tampoco estaba siéndole infiel a Graham. Se trataba sólo de inocentes salidas con otra mujer. Graham no estaba interesado en su nueva amiga y ni siquiera le había preguntado su nombre. Los viernes comenzaron a gustarle a Thomas de manera especial, sobre todo por el momento en que llegaba a casa de

Angie y veía a David bajando las escaleras, o cuando salían del coche en algún lugar público y la gente se volvía para mirarle. Fueron a *Holland Park*, al zoo y a los *Kew Gardens*. También al cine y el hombre que se sentó junto a David le puso la mano sobre la rodilla. A David le encantó, fue un triunfo para él, pero Thomas le susurró que debían cambiar sus asientos y así lo hicieron.

Cuando se separaron al final de la tarde, él le besó levemente en los labios. Oía a *Alliage*, a *Je Reviens* o a *Opium*. Durante la tarde solían ir a algún gran almacén y probar todos los perfumes de los frascos de muestra.

La madre de Angie vivía en el norte de Inglaterra. Angie fue a cuidarla en la convalecencia de una operación. Calculó que estaría fuera dos semanas y el segundo fin de semana en que estuvo ausente, Graham tuvo que marcharse a Bruselas con el director de ventas.

-Podríamos salir fuera este fin de semana –dijo David.

-Graham me llamará seguramente –dijo Thomas.

-Entonces por una noche; sólo la noche del sábado. Puedes decirle que vas a salir con tu nueva amiga y que llegarás tarde.

-De acuerdo.

Le preocupaba no tener ropa adecuada que ponerse. David tenía un reducido pero selecto guardarropa de trajes y vestidos, zapatos y pañuelos, y una ropa interior muy bonita. Lo guardaba en un armario de su oficina del que sólo él tenía llave, y se llevaba aquellas prendas en secreto a su casa, en un maletín, para luego devolverlas al armario. Thomas odiaba la idea de pasar una noche fuera con su pantalón de franela gris, su camisa blanca de hilo y su chaqueta de terciopelo negro, mientras David lucía su vestido de Zandra Rhodes. Siguiendo un impulso, se gastó su sueldo de dos semanas en un traje de lino.

Se marcharon en el coche de David. Él se ocupó de prepararlo todo y Thomas pensó que irían a un motel que se encontraba a veinte millas de Londres. No creyó que a David le importara mucho el lugar, pero le sorprendió eligiendo un hotel situado en una casa de trescientos años en la costa de Suffolk.

-Ya que lo hacemos –dijo él-, mejor será que lo hagamos con estilo.

Él se sentía muy bien en su compañía, muy contento. Trató de imaginarse qué habría sentido si fuera a pasar una noche en un hotel con un hombre, con un amante; si la persona que estaba sentada junto a él luciera, no un vestido de seda blanco y negro y una chaqueta escarlata, sino un atuendo varonil, un traje de chaqueta y una corbata; si el rostro que tanto placer le causaba mirar no estuviera empolvado, maquillado y con los labios pintados de carmín, sino áspero y con necesidad de un afeitado. O, mejor dicho, sólo podía pensar en cómo, en ese caso, habría saltado del coche en el primer semáforo en rojo.

Les dieron dos habitaciones individuales contiguas. Eran muy pequeñas, pero Thomas se dio cuenta de que una doble podría haber resultado algo incómoda para David, quien, en algún momento –aunque a él poco le importara aquello- tendría que afeitarse y convertirse en lo que realmente era.

-Él entró y se sentó en su cama, mientras Thomas sacaba su pijama y un par de zapatos.

-Es divertido, ¿verdad?

Él asintió con un gesto, mirándole de soslayo al mismo tiempo que se arreglaba la barba con un pequeño peine. David siempre se maquillaba muy bien los ojos. Él se volvió y le sonrió.

-Vamos abajo a tomar una copa.

El comedor, el bar y el salón eran salas con techos bajos de madera, cuyas paredes eran del mismo material labrado que David dijo que se llamaba artesonado. Había mapas antiguos y fotografías con marcos dorados de hombres cazando y jarrones de cobre repletos de rosas. Las largas ventanas se abrían sobre una terraza. El sol estaba todavía alto en el cielo y la temperatura era muy agradable. Mientras Thomas permanecía sentado en la terraza al sol, David fue a por las bebidas. Cuando volvió a su mesa le acompañaba un hombre de unos cuarenta años, grueso y de abdomen prominente, que llevaba una bandeja con cuatro copas.

Éste es Ted –dijo David.

-Encantado de conocerle –dijo Ted-. Le he dicho a mi amigo que se una a nosotros. Espero que no le moleste.

Él tuvo que decirle que no le importaba. David lo miró y, por su mirada, Thomas se dio cuenta de que había elegido a Ted deliberadamente.

-Pero, ¿por qué lo hiciste? –dijo él después-. ¿Por qué te apetecía? Me dijiste que en realidad no te gustó que aquel hombre del cine te pusiera la mano encima.

-Aquello fue muy físico. Esto ha sido para divertirnos. No supondrás que iba a dejar que me tocara, ¿verdad?

Ted y Peter eligieron la mesa contigua a la suya en la cena. Thomas permaneció silencioso y frío pero David flirteo con ellos. Ted no hacía sino inclinarse hacia su mesa y susurrarle cosas. David reía ligeramente o sonreía. Se estaba divirtiendo terriblemente sin lugar a dudas. Thomas sabía que les pedirían salir después de cenar y comenzó a sentir miedo. ¿Y si David se dejaba arrastrar por el entusiasmo, por la diversión, y se marchaba con Ted a alguna parte, dejándola a él solo con Peter? Peter tenía el rostro colorado, bigote negro, barba y una verruga con pelos negros en la mejilla izquierda. Él y David habían elegido carne y el camarero les había llevado dos cuchillos muy afilados. Thomas no había usado el suyo ya que la suya estaba muy tierna. Cuando nadie le miraba, deslizó el cuchillo en su bolso.

Ted y Peter estaban bebiendo todavía sus cafés y sus copas en el instante en que David se levantó súbitamente y dijo a Thomas:

-¿Vienes?

-Supongo que ya habrás quedado con ellos después, ¿no? –dijo Thomas en cuanto salieron del comedor.

David le miró. Sus labios, con carmín de color rojo, se abrieron en una generosa sonrisa. Se echó a reír.

-Les he dado calabazas.

-¿De verdad?

-Me imaginé que no te gustaría la idea. Además, queremos estar solos, ¿no es así? Yo quiero estar a solas contigo.

Su alivio fue tan grande que a punto estuvo de gritar su nombre a los cuatro vientos. Se controló aunque no pudo dejar de temblar.

-Por supuesto que quiero estar a solas contigo –dijo él.

Se cogió de su brazo. Después de todo, no era extraño que las parejas pasearan del brazo. Los hombres se volvían a mirar a David y uno de ellos silbó. Él advirtió que el silbido debía ir dirigido a David porque estaba guapísimo con su larga melena rubia y sus sandalias rojas de tacón alto. Caminaron frente al mar a lo largo del paseo marítimo. Hacía calor, incluso a las ocho y media de la tarde, para

ponerse un abrigo. Había mucha gente por los alrededores, pero no excesiva, dado que aquel lugar era demasiado selecto como para atraer a las masas. Pasearon hasta el final del dique, tomaron una copa en el *Ship Inn* y otra en el *Fishermen's Arms*. Allí un hombre intentó ligar con David, pero en aquella ocasión se mostró frío y distante.

-Me gustaría pasarte el brazo por los hombros –dijo en el camino de vuelta al hotel-, pero supongo que no será posible aunque ya esté oscuro.

Mejor no lo hagas –dijo Thomas. Y añadió de pronto-: ésta ha sido la tarde mejor de mi vida.

Él lo miró.

-¿Lo dices en serio?

Él asintió.

-La mejor.

Llegaron al hotel.

-Les voy a decir que nos suban un par de copas; a mi habitación. ¿De acuerdo?

Thomas se sentó en la cama. David se introdujo en el cuarto de baño. Él pensó que para retocarse la cara, quizá para afeitarse antes de que el camarero le viera cuando trajera las copas. Llamaron a la puerta y el empleado del bar entró con una bandeja sobre la que había dos vasos muy largos con algo de fruta y hierbas flotando sobre el líquido que contenían, dos servilletas rosas, dos aceitunas traspasadas por palillos y dos pastillas de menta envueltas en papel verde.

Thomas probó una de las bebidas. Se comió una aceituna. Abrió el bolso y sacó un peine, la cera y se arregló el pelo. David salió del cuarto de baño. Se había quitado la peluca dorada y su rostro estaba limpio. No se había afeitado y una pálida sombra de barba aparecía en su mejillas y en su barbilla. Sus piernas y pies estaban desnudos, y llevaba puesto un albornoz muy masculino de color azul marino. Él intentó ocultar su contrariedad.

-Te has cambiado –dijo en seguida.

Él se encogió de hombros.

-Todo tiene un límite.

Levantó su copa, él hizo lo mismo con la suya y David dijo:

-¡Por nosotros!

El principio de un sentimiento de pavor surgió dentro de él. De forma repentina su condición de hombre se hizo evidente. Thomas se movió lateralmente sobre el colchón.

-Me gustaría que tuviéramos las semana entera.

Él asintió con nerviosismo. Era consciente de que su cuerpo había comenzado a temblar ligeramente. David también lo había advertido, y no fue la primera vez que observó cómo las emociones provocaban en él un ligero temblor.

-Tom –dijo él.

Él continuaba sentado en actitud pasiva y temeroso.

-Yo no soy realmente como una mujer, Tom. A veces lo hago para divertirme. Lo sabes, ¿verdad?

La mano que lo tocó olía a quitaesmaltes y en él observó un vello que no había advertido antes.

Me estoy enamorando de ti –dijo él. Y tú sientes lo mismo, ¿no?

Thomas no podía hablar. Él lo cogió por los hombros, acercó sus labios a los de él, lo rodeó con sus brazos y comenzó a besarlo. Su piel era áspera y su cuerpo

despedía un olor a hombre como el de Graham. Thomas se vio sacudido por otro temblor y se estremeció. Él lo tendió en la cama y sus manos comenzaron a desnudarlo, mientras, sobre él, sus labios continuaban besándolo en la boca.

Sintió el contacto del bolso a su espalda, deslizó la mano en su interior y extrajo el cuchillo. Como podía percibir el corazón de David palpitando regularmente contra su pecho derecho, supo dónde apuñalarle y le apuñaló una y otra vez. La sangre del corazón, roja y brillante, salió a borbotones extendiéndose sobre sus ropas, sobre la cama y sobre las dos pastillas de menta en la bandeja.